

como deleitándose en traer al mundo el infierno, pintó, y no con arrebole-  
ra de colores suavísimos, el rostro de una muchacha conocida con el nom-  
bre de Bartolomea, única de buena tez en aquella palúdica Pisa, donde to-  
dos amarillean como la pajueta en la cocina y el jaramago en los campos.

—Te burlas, Alberto, de mis comparaciones, pero dígame que las tuyas  
pueden arder en un candil.

—¡Qué quieres, la peste no es tan epidémica como el mal gusto!

—Sigue pues tu relato.

—Ganóle, ó si quieres, endiablóle el Diablo, y se enamoró á sus años y  
á sus desengaños de la muchacha; necesitaba, seguramente de otros arrullos  
apropiados á su garbo.

—Perdona.

—¡Cuánta interrupcion!

—No puedo dejarte pasar un dicho que riñe con todas mis creen-  
cias.

—¿Cuál?

—Eso de que el diablo atize el amor aunque sea en el frio y desierto  
hogar de un pobre viejo.

—Pon lo que quieras en lugar de esa palabra y continuemos.

—Continuemos.

—Holgóse la muchacha de encontrar marido y entregó su blanca mano  
al porfiado viejo. Nunca la entregára. Su matrimonio se redujo, como no  
podía menos de suceder, á continuada abstinencia. Los Mártes por días  
aciagos, los Viérnes por santos, los Lunes por lunáticos, los Miércoles por  
miercuriales, los Sábados por judíos y embrujados, los Jueves por caer en  
ellos el Corpus y la Ascencion, los Domingos por ser de descanso, toda la  
semana rezaba ayunos. Esta cuaresma eterna dilatábase por Pascua florida  
y granada, por Carnaval, por Navidad, por témporas, por San Juan y San  
Pedro, por todos los días del año, días de descanso en los Calendarios de  
aquel exhausto y apergaminado asceta.

—Pues buena manera tenia de cumplir el mandamiento divino de creced  
y multiplicaos.

—Para desbravar á la pobre, muy escocida con la inutilidad de su viejo,  
llevábala de aquí para allá, empeñándola en toda especie de divertimientos  
que pudieran borrarle del magin la imágen de su desgracia, á la cual no  
llamaré desdicha por no inducir á creer que perdiera alguna dicha quien  
nunca fué ni por un momento dichosa, como que solo tenia ante los ojos  
su escueto y estéril calendario. Por fin, cierto dia diéronse á bogar por los  
mares de Pisa y cayó la jóven hermosa en manos de un corsario cuyo al-  
manaque, al revés, no señalaba ni un solo dia de ayuno. El marido se fué  
por riberas y desiertos en busca de su mujer hasta topar con ella y pedirle  
por favor que volviera al triste y abandonado hogar. Pero le cerró la boca

diciéndole que no le conocia ni mas ni menos que él no le habia conocido  
á ella en otro tiempo.

—¿Sabes que el dichoso cuento ni siquiera tiene gracia?

—Porque la pierde pasando á mis lábios desde las páginas del maestro.

—Sigue, que francamente me parece monástica esta conversacion.

—¿Quieres convertir cada monasterio en vasto sepulcro?

—Quiero la verdad en todo.

—¿Y qué entiendes por verdad aqui?

—Tal fué la pregunta de Pilatos: *¿Quid est veritas?*

—Intrincada habla la tuya.

—No es sino clarísima.

—Tú lo dices; pero no veo esa claridad.

—La verdad aquí es obedecer la regla de nuestro santo fundador, es apar-  
tarse de los placeres del mundo, es.....

—¡Cielos! Filippo. Dios ha debido tocarte en mitad del corazon. Tu  
discurso me parece discurso de converso. El libertino, disgustado de este  
monasterio por sobradamente mudano, dará con su cuerpo en el desierto y  
con su alma en el éxtasis.

—Vine aquí, ahora, en este momento, llamado por Dios, y tú oficias  
ahora de diablo.

—Pues, si vieras como el maestro habla de los monjes y de las cosas mo-  
násticas, te quedarías boquiabierto: Cuenta que andaba por tierra de Cer-  
taldo cierto frailuco de tomo y lomo seguido de su lego llamado por unos  
Ballena á causa de su descomunal abdomen, por otros Cochino á causa de  
su grasiento y atocinado pescuezo y admirable para todos á causa del ojo  
avizor y del fino olfato que la naturaleza le concediera para avizorar y oler  
donde las guapas chicas se encontraban. El siervo de Dios que, segun de-  
cia, andando por tierras donde los peces tiraban de los carros y los caballos  
se perdian y nadaban en las aguas, encuentra reliquias singularísimas, como  
un dedo recién cortado del Espíritu Santo, una costilla fresca del Verbum  
caro, la túnica con que se vestía la Santa fé, los resplandores de la estrella  
que guió á los magos, las gotas de sudor que le costó á San Miguel su vic-  
toria sobre el diablo, y otras muchas cosas, prometió solemnemente enseñar  
á los fieles una pluma de las brillantes alas del Arcángel San Gabriel por  
casualidad caída en el cuarto de la Virgen á la hora y punto de la sagrada  
anunciacion. El pueblo ardía en deseos de ver aquella maravilla, cuando  
cuatro chuscos, mientras el fraile se atracaba á la mesa de sus penitentes,  
deseosos del cumplimiento de aquella palabra, se entraron en su posada, le  
sorpndieron las alforjas, y le sacaron de un canuto la verde pluma de pa-  
pagayo, animal no muy conocido entonces, sustituyéndola con negros pé-  
dazos de carbon. Al dia siguiente, cuando, en altar portátil con dos velas  
encendidas, la capucha puesta, púsose á enseñar la reliquia, y se encontró



con los carbones en vez de encontrarse con la pluma, dijo el hermano sin desconcertarse que, si no era la pluma caída de las verdes alas de San Gabriel, eran los carbones con los cuales tostaron el cuerpo de San Lorenzo, puestos allí por el santo mismo á causa de ser su festividad dentro de tres días.

—Con estos y otros cuentos extinguis la fé en los corazones y no les dejas consuelo alguno contra las acechanzas de la desgracia y los asaltos del mundo.

—Pues no te digo nada de aquel célebre cardador de lana, á quien el clero de Santa María enseñara tantas oraciones, que una de ellas le sirvió para conjurar cierta alma en pena, venida todas las noches á la ventana de su cuarto y al borde de su cama, y que en realidad era el cuerpo robusto del amante de su mujer.

—Así Dios prospere tus días como tú desconciertas y pierdes mi alma.

—¿Qué quieres? El pensamiento en esta ociosidad gusta de esplayarse por el mundo y la mano en esta servidumbre de arrancar á las ramas del árbol sus frutos prohibidos. Nunca acabáramos si refiriéramos las cosas profanas ocurridas entre los clérigos. Había en Rímini comerciante riquísimo casado con jóven de bellas prendas morales y singular hermosura corporal. Como nuestros malaventurados tiempos padecen de tantos achaques, todo esposo feliz emponzoña de buen ó mal grado su felicidad con ciegos y ponzoñosos celos. El buen comerciante no se excusaba de esta regla, y perseguía á su costilla con sospechas, precauciones, celadas, encerramientos, hasta no dejarla salir de casa, y tenerla como en tierra de moros, circuida de celosías y guardada en solitario apartamento. Por aquello de «no puede ser guardada á la mujer» escarbó la cautiva en la pared de su serrallo, hizo un agujero por el cual podía hablar á su sabor con cierto vecinillo, jóven, guapo, listo, amoroso, que en la casa vecina vivía, y cuya alcoba colindaba con su propio encierro. Sin mala inclinación, por pura venganza, la buena mujer industrió medios seguros de pegársela al celoso y receloso marido. Como las Navidades se acercáran dijole que no podía aguardar en pecado el nacimiento de Nuestro Señor y necesitaba descargar su conciencia en el confesionario y obtener la santa absolución. Imagina cuantas cábalas forjaría el marido allá en su interior y qué curiosidad tendría por saber el pecado cuyos sombríos remordimientos quitaban el sueño á su adorada mitad. Si tuviera medio de impedirle hasta la confesión, se la impidiera, por no verla hablar con ningún mortal, siquiera fuese con santo sacerdote. Mas ya que no pudo esto, procediendo con arte y ganando al confesor de su mujer con dinero, arrellanóse en el confesionario antes de que ella fuese por la Iglesia, cubrióse el rostro con el capuchon y llenóse la boca de piedrecillas para no vender á la femenil astucia su estudiado disfraz y no revelar su bien urdida celada, á fin de saber en cambio las flaquezas despertadoras de su curiosidad

y causantes de su angustia. Mas, al punto de arrodillarse la penitente, tosió el fingido confesor, que si bien quiso refrenar la tos, no lo logró, delatándose por ende á sí mismo. La buena mujer fué mas mañosa, y aunque le atarazó la garganta fuerte carcajada, producida por la locura de su esposo hecho fraile, acertó, señora de sus impulsos, á reprimirse fuertemente, y con la facilidad de improvisación natural en las mujeres, encajóle, para sacarle de sus casillas, la fábula de que tenía amores con un cura, en cuya compañía pasaba las noches sin que cerrojos ni puertas ni ventanas impidieran al enamorado llegar de la calle al lecho. Estuvo á punto el pobre de perder la mollera abrasada de sus celosas supersticiones; y á la noche siguiente, se instaló en la puerta de la casa con lanzon en mano y espada al cinto so pretexto de tener que ausentarse, y con ánimo de asesinar al fantasma. Y no sabía que, mientras él celaba una sombra, iba á su propio cuarto el vecinillo de junto metiéndose por los no celados desvanes. La impaciencia del cuitado llegó á tanto extremo, despues de una semana pasada en ateridas guardias, que echó en cara violentamente de su mujer la culpa confesada. Y no la niego, replicó ella, el cura de quien estaba enamorada eras tú, cura á la sazón, de mí adivinado; y por eso dije que llegaba hasta mi cuarto sin que pudieran impedirselo ni puertas, ni ventanas, ni rejas. Curóse el cuitado de sus celos con esta fábula precisamente cuando más motivos debiera tener para estar celoso.

—¡Oh! Tal afán de decir y contar gracias nos pierde porque aumenta nuestra enfermedad moral, la ligereza, y disminuye, ó mejor dicho, quita todos los medios de curarla.

—Singularísimo eres, Filippo, en todos tus achaques. Diríase, al oírte, que estabas hecho un santo. Artista, y por lo mismo fácil á todas las sensaciones, cuando cambias de ideas por cualquier evento, crees la emoción pasajera, tu estado perdurable y á tí mismo te engañas. Pero no te hagas de nuevas ni te la echés de melindroso. El mundo no ha sido formado por nosotros y de consiguiente no podemos enderezarlo y componerlo. Bien dijo el filósofo cuando dijo que así como la materia apetece la forma, la mujer apetece el varón y el varón la mujer. Tú mismo glosaste hace tiempo aquel suceso de una monja sorprendida en su celda con audaz galán á media noche por la abadesa, despertada de improviso á los gritos de la comunidad, y que al levantarse, en vez de ponerse en la cabeza su toca, se puso los calzones de su confesor, el cual no debía por cierto andar muy lejos.

—Hermano Alberto, déjame ya en paz y calla. Venía al convento, resuelto á santificar mi vida, y me has apartado de tal propósito con tus historietas y chascarrillos soeces encaminados á matar el alma. Mira que forman bien extraño contraste tus gracias groseras con el tañido de las campanas, el murmullo de los rezos, la resonancia de los pasos en las huecas tum-



bas, la melancólica vibración de los cipreses en este cementerio. Un epicúreo en el cenobio es doblemente criminal y repulsivo.

—Todo epicúreo en los cenobios resulta doblemente criminal y repulsivo; es así, Filippo, que tú eres un epicúreo en el cenobio, luego tú resultas doblemente criminal y repulsivo.

—Alberto, me estás fastidiando hace rato con tus impertinencias. Todo lo echas á broma. Pero en broma te romperé las costillas como tú en broma me rompes los oídos. Déjame en paz, repito, ó teme mi cólera.

En esto oyóse pasar una procesion por el cercano claustro; y el jóven Fra Alberto, metiendo bajo el sayal su Decameron y sacando su Devocionario, incorporóse á ella cabizbajo y humilde, y unió su voz á estas estrofas del Miserere: *Amplius lava me à peccato meo et ab iniquitate mea munda me.* Terrible contraste, como decia con razon Filippo, entre las palabras severas del salmo que invocaba la penitencia y las groserías sensuales del monje que se revolcaba en el cieno. Pero oportunos ó no, los cuentos de Alberto movieron aquella alma de Filippo, sensible á las ideas y á las emociones ajenas, como el agua á los matices de la luz y como la arena á los soplos del viento. Desde las ideas primeras producidas por la muerte del pobre Domenico cayó en otras ideas producidas por la ligereza del hermano Alberto. Y en efecto, acongojóse al pensar que la vida sin placer, la vida sin amor, la vida sin una compañera adorada, la vida sin hijos que alegrasen el hogar, la vida sin familia no tenia ningun precio. En aquella mente los pensamientos se arremolinaban con una facilidad increíble; y en aquel corazon las pasiones. Una chispa eléctrica, por alejada que brillase, desgarraba sus nervios; y una idea, por extraña que fuese, su conciencia. Tenia pocas fuerzas en el ánimo para promover una reaccion de su voluntad contra las fatalidades del mundo externo. Un acaso le impulsa al convento; la alegría de los habitantes del convento al mundo. El acento de los cánticos sagrados y el humo del incienso santo, que embargaba sus sentidos, volvía á despertar en ellos cierta sensibilidad y con la sensibilidad cierto deseo de amar y ser amado. A este deseo, debe decirse en su honra, mezclábase siempre el nombre querido de Lucrecia, única mujer, que en el continuo desorden de aquella vida agitada por tantas emociones pasajeras, y consumida en tantos placeres fugaces, fijaba su pensamiento y atraía su corazon por entero. Pensando en ella estaba con aquella fuerza de abstraccion que correspondia á su facilidad en conmoverse, cuando aparece el Prior del Convento, para los demás monjes severo jefe; para Filippo amoroso padre.

—¡Aquí otra vez!

Díjole al verle.

—Otra vez.

—¿Cómo?

—Dejé mi trabajo.

—¿Por qué causa?

—Por imposibilidad de continuarlo.

—¿Qué te faltaba?

—Nada.

—¿Entonces?

—Ya sabeis que amo la libertad.

—Hablaras más propiamente diciendo: el libertinaje.

—Y me encerró Cosme de Medicis.

—Lo siento por él. Pero este sentimiento no justifica tu desercion.

Acaba.

—Y me escapé.

—No sabes el daño que has hecho al convento.

—No sabeis el daño que me ha hecho Cosme á mí.

—¡Loco!

—¡Encerrarme!

—Si lo tienes tan merecido.

—Pues á una persona como este frailecillo no se la encierra tan fácilmente.

—Ya lo creo.

—Y salté por una ventana próxima al tejado.

—Eres un bárbaro.

—Y de no detenerme, como me detuve, colgado al balcon por mis hábitos, caigo y me estrello en la calle.

—Pena merecida ciertamente por tu incurable demencia.

—¡Encerrarme á mí!

—¿Qué hacer con las fieras?

—Pues si soy fiera, no hay para qué pedirle á las fieras que pinten.

—Angel, cuando sopla viento favorable á tus caprichos; demonio, cuando la menor adversidad te contraría.

—Angel ó demonio, quiero aquellos atributos por cuya virtud sé yo que pertenezco á la humanidad, quiero ser libre.

—Libre y has entrado cuitadísimo en este convento; libre y vives en una comunidad donde la campana te regula y ordena desde la hora de comer hasta la hora de dormir.

—Y ya sabeis cuán difícilmente tasco el freno.

—Y da gracias á tu arte, por el cual tienes libertad prohibida á cuantos no presentan los privilegios excepcionales del génio.

—Por la mañana pensé en quedarme á la sombra del claustro, y me arrepentí por la tarde.

—Siempre el mismo. Pasas la vida entre propósitos firmes y arrepentimientos tardíos.